

«LA SEÑORA RECIBE UNA CARTA», DE RUIZ IRIARTE,  
EN LA COMEDIA



Manuel Díaz González, Charo Goyanes, Fernando Rey, Elisa Montes y Ana María Morales, intérpretes, y Víctor Ruiz Iriarte, autor, de «La señora recibe una carta»

*Teatro de la Comedia. Título: «La señora recibe una carta». Autor y director: Víctor Ruiz Iriarte. Intérpretes: Elisa Montes, Ana María Morales, Concha Lluésma, Mabel Karr, Conchita Goyanes, Isabel Brau. Manuel Díaz González, Luis Peña y Lorenzo Ramírez. Decorado de Ontañón.*

Es inevitable. No se puede hacer un comentario crítico de «La señora recibe una carta» sin hablar de Priestley, Alejandro Casona y Alfonso Paso. La obra de Ruiz Iriarte está colocada en la estela de estos tres autores. Tal vez porque Casona y Paso, a su vez, han sacado temas, métodos y recursos para algunas de sus piezas en el teatro del escritor inglés.

También es inevitable decir que la comedia de Ruiz Iriarte es más débil que todos sus antecedentes. Situar a un grupo en una situación límite, encerrados en una trampa de la que no pueden salir sin confesar su íntima condición, sin descararse ante sus testigos, se ha hecho mucho en el teatro en los tres últimos decenios. Toda una larga lista de obras basadas en esta situación podría traerse aquí. Es innecesario. Ruiz Iriarte tenía derecho a hacerlo y nos parecería de perlas si de la obligada confesión de sus personajes salieran iluminaciones interiores que nos revelaran nuevos aspectos del alma humana, que descubrieran secretos resortes de la condición del hombre. No es así. Las tres parejas y dos mujeres descabaladas que el escritor nos muestra son superficiales, reaccionan blandamente y nada en ellos, en sus conductas, en sus motivaciones, sale de lo vulgar.

Lo que el inspector de Priestley consigue al lograr que todos los personajes se descubran de pronto preocupados por la desgracia de otro, todos culpables en cierto modo de un mal ajeno, se reclama de corrientes filosóficas modernas que buscan hoy corroboraciones en los más profundos avances de la física nuclear. Lo de la carta que irrumpe en la reunión de los personajes de Ruiz Iriarte no hace más que agitar impulsiones primarias, de escasa veracidad psicológica. Si alguna lección se

desprende de la pieza es la triste y ya muy sabida de que todos estamos dispuestos a creer o a pensar mal de nuestros semejantes y que nos es más fácil admitir un testimonio adverso, aunque tenga la nula autoridad de un anónimo, que otorgar una verdadera confianza a la rectitud de nues-

tro prójimo. Escasa moraleja muy a raíz de suelo, aunque el autor trate de poetizarla con una alusión final a la llegada posible del ángel, llegada que en este caso serviría para salvar a una muchacha y detener a un hombre en el resbaladizo camino de la tentación.

No ha cuidado Ruiz Iriarte, tan hábil comediógrafo, la construcción de su comedia. Destripar el secreto al final del primer acto sería un gran truco si se hubiera reservado una verdadera sorpresa para el segundo. Al no disponer de ella, la serie de sucesivas confesiones no eleva el interés, que va decayendo a medida que se producen, porque todas son demasiado blancas, demasiado inocentes, demasiado sentimentales, y falta en todo momento una reacción de hombría en los hombres, de dignidad ofendida y de amor propio en las mujeres. Tan libre está de toda pasión lo que a unos seres que deberían estar atormentados acontece que el diálogo se convierte en una serie de monólogos apaciblemente escuchados por los demás. Hábil recurso para llevar a una nueva tensión es el regreso de los personajes al final del segundo acto pero desafortunado, en cambio, el parlamento del portero, innecesariamente prolijo.

Así estamos ante unos personajes que se

autodefinen desde el principio y de los que no averiguaremos nada por sus reacciones, por sus actos, y tendremos que conformarnos con lo que nos cuenten. Lo que nos cuenta es poco interesante y Ruiz Iriarte, como si estuviera apresurado, no ha imbuido a su texto la delicadeza, la melancolía, la poesía y la ternura de otras ocasiones, como si la comedia que nos ofrece fuera tan sólo una primera visión de su tema y de su tratamiento.

La interpretación no es más que correcta, perjudicada por un movimiento escénico excesivamente frontal, lineal, con salidas injustificadas que tratan de dar movimiento a lo que no lo tiene. Fernando Rey, magnífica prestancia, gran voz de actor, dio dignidad a su personaje. Manuel Díaz González y Julio Peña describieron a los suyos correctamente, sin originalidad, a la manera de costumbre. A nivel mejor todas las mujeres, sin excepciones en favor de ninguna de ellas.

Ontañón ha hecho un gran decorado corpóreo. Al público decorados así le gustan. Le dan una impresión de realidad, de solidez, que luego, a veces, como en este caso, el comediógrafo desvanece.—Lorenzo LOPEZ SANCHO.